

## REFLEXIONES SOBRE LA TECNICA

Escribe: JUAN ZARCO DE GEA, O. F. M.

¿SERA LA TECNOCRACIA EL NUEVO CUARTO PODER? Planeamiento actual.

En el estudio y observación de la sociedad actual se advierte, como destaca Friedmann, el extraordinario peligro que constituye “el condicionamiento anárquico del hombre moderno por el medio técnico, que se espesa más y más alrededor de él”. La sociedad se encuentra hoy como cercada por un medio técnico esencialmente distinto al medio natural en que vivía el hombre de la civilización occidental durante la era premaquinista. En los siglos anteriores, el hombre vivía rodeado de cosas, elementos, animales, pero no estaba sometido, de ningún modo, al condicionamiento artificial que hoy, tan intensamente, se desarrolla. En efecto, el medio técnico, que nos acosa cada vez más, está constituido por un conjunto de técnicas progresivamente más complejas; técnicas de “producción” en los talleres, en la agricultura, en los centros de estudio; técnicas de “relación” que ponen en contacto a los hombres, desde el telégrafo a la televisión; técnicas de “transportes” terrestres, marítimos y aéreos que se refinan sin cesar; técnicas de distracciones y espectáculos, sin olvidar en esta categoría las potencias de los tiempos modernos —la radio y el cine—, cuya acción psicosocial no ha sido suficientemente estudiada.

Todas estas técnicas definen un medio nuevo alrededor del hombre, y forman lo que Maus llamaba “hechos de la civilización”. Cournot analiza esta transformación evolutiva en lo que denomina el paso de lo “vital” a lo “racional”. El medio técnico del hombre contemporáneo ejerce sobre él una presión tan poderosa como incontrolable. No es de extrañar, dadas estas condiciones de hecho, que exista en todos los países un fuerte movimiento en favor de la técnica, proveniente de esa fe oscura y vaga en lo que se llama progreso técnico. Una gran parte de la opinión pública imagina por esto que todo iría mejor si la dirección de los negocios públicos estuviera confiada a los técnicos. Esta creencia cada vez más extendida, esta tendencia que encuentra de más en más aplicación, es lo que se denomina tecnocracia. Los tecnócratas son los hombres que gobiernan por la técnica, o mejor aún, aquellos que creen en el gobierno por medio de la técnica pura. Considerada su evolución histórica los tecnócratas han subrayado siempre la importancia de lo técnico en detrimento de lo económico y lo político. Esta tendencia, normal en su desarrollo, ha estado en función de las revoluciones industriales que se produjeron en Europa y Estados Unidos a fines del siglo XVIII.

*Proceso Histórico: Saint-Simon.*—Las doctrinas tecnocráticas, que se desarrollan a compás de la industrialización, comienzan a apuntar con Saint-Simon y sus seguidores cuando insisten en la “administración de las cosas mejor que en el gobierno de las personas”. A principios del siglo XIX, en el socialismo que se ha llamado utópico, aparecen fórmulas que ya son verdaderamente tecnocráticas. En el “Catecismo de los industriales” se revela acentuadamente esta tendencia, que encuentra su realización doctrinal en la idea, “todo por la industria y para la industria”. La industria saintsimoniana es una categoría idealista y humanista de tecnocracia. Y así lo muestra Michel Chevalier, hace más de un siglo, en un texto muy curioso, cuando define el nuevo papel que deberán desempeñar los prefectos franceses. “Llegará un momento en que se encontrará tan absurdo que un hombre tenga la pretensión de ser primer magistrado del Bajo Sena, por ejemplo, siendo ajeno a la fabricación y el comercio de las hilaturas, como sería poner un obispo al frente de un regimiento de húsares”. Esta fórmula, entre otras, nos da el precedente de ciertas concepciones de los modernos tecnócratas. El socialismo saintsimoniano era un socialismo de productores, de industriales. Aunque no admitieron, ni consideraron siquiera, la lucha de clases —porque en Saint-Simon el término “industriales” confunde en su seno tanto a los capitanes de las grandes industrias como a los que muy pronto se llamaría proletarios—, existe entre ellos y el marxismo un denominador común: considerar predominante la importancia de la técnica, de los medios de producción, de la industria y la agricultura industrializada, sobre el problema de la transformación directa del gobierno y las instituciones políticas, como estimaban los filósofos del siglo XVIII. Esta base, eminentemente materialista, de identificar progreso técnico y progreso social será la característica que perviva en todas las tecnocracias hasta el libro de Burnham, del que nos ocuparemos más adelante.

*Cournot.*—Esta corriente, que conduce a las sociedades modernas hacia la administración de las cosas que más que al gobierno de las personas, encuentra en Agustín Cournot el hombre que, por su doble condición de filósofo y matemático, comprenderá aún mejor que Marx el nuevo movimiento histórico. Cournot previó la marcha ineluctable hacia ciertas formas de racionalización, hacia una fase de mecanización de la Humanidad, hacia una especie de utilitarismo universal donde las distinciones morales, de tradiciones, de grupos humanos se pierden ante el triunfo de lo regulado por la inteligencia sobre lo que es dado por la vida. De aquí que anunciase, de modo muy interesante, la sustitución de la historia por la estadística, en el estudio de los acontecimientos humanos.

*Taylorismo y fordismo.*—Las previsiones de Cournot se iban a ver plenamente confirmadas por las investigaciones que el 1878, cerca de Filadelfia, en la fundición de aceros Midxale, comienza Federico Winslow Taylor, y que serán el origen del movimiento taylorista, que tan profunda huella ha dejado en todas las fábricas del mundo. Esta doctrina, de extraordinario interés en sus elementos puramente técnicos, tiene el fallo fundamental —común a todas las tecnocracias— de considerar los problemas de la industria, y en última instancia de la civilización, como únicamente determinados por factores técnicos. “El taylorismo, dice Friefmann, manifiesta una ignorancia considerable en materia de fisiología, de

psicología y bien entendido de sociología del trabajo, de la que Taylor no tuvo absolutamente ningún presentimiento". Esta visión de los problemas de la sociedad desde el punto de vista del ingeniero, del técnico, será también la característica del fordismo —hasta cierto punto prolongación del taylorismo— y del sistema Bedaux. Concepción que Friefmann ha calificado muy gráficamente de "tecnolatría", y que encuentra su expoente en la obra de James Burnham "The Managerial Revolution". Las teorías de Burnham tienen su precedente más inmediato en Howard Scott y su libro "Introduction to Technocracy", publicado en New York en 1933.

*Burnham y "The Managerial Revolution".*—El ideario de Burnham, de manera muy escueta, se resume en el siguiente proceso: El capitalismo está llamado a desaparecer. El socialismo es incapaz de sucederle. Lo que sucederá al capitalismo es una clase de directores, gracias a una revolución directorial. Este nuevo régimen, heredero del capitalismo, se encuentra ya preformado. Posiblemente, y como hace notar Gurvitch, lo más importante de la exposición de Burnham no es su conclusión final —nada original, por otra parte—, sino los detalles de esa exposición. Entiende el autor de "The Managerial Revolution" que la sociedad moderna lleva consigo una complejidad creciente, de la que todos los elementos son "interdependientes" y de los que la "dirección" no puede pertenecer más que a una "élite" de menos en menos numerosa. Estos directores no son, en la mayoría de los casos, los propietarios o los accionistas de las empresas, ni los financieros que manejan su capital, ni incluso los gerentes comerciales. Son los jefes técnicos los que "hacen marchar" la empresa en tanto como medio de producción, los que regulan el juego coordinado de los múltiples rodajes de la máquina y tienen en su mano el volante que la conduce. Su poder sobre la producción está destinado a aumentar sin cesar, y de esta manera, mientras la evolución económica prosiga, los directores se constituirán en clase, con una conciencia de clase, intereses de clase, y privilegios de clase.

Desde luego es indudable que la evolución de la industria actualmente va a multiplicar la potencia de los técnicos. Su papel es hoy considerable en los organismos capitalistas, donde se encuentran de jefes de "trust" industriales, comerciales, financieros, etc. etc.

*Composición del grupo tecnocrático.*—La composición real de este grupo tecnológico es una de las cuestiones más difíciles de puntualizar y que desvirtúa, hasta cierto punto, la rigurosidad del planteamiento que formula Burnham. El propio autor confiesa en su libro la complejidad y las muchas categorías de "managers". Por ello amplía la denominación primitiva de "técnicos" a la de "tecnoburócratas", para así encuadrar adecuadamente el heterogéneo grupo social a considerar. Distingue Burnham, en primer lugar, a los directores de la producción, los jefes de taller, los ingenieros, los capataces cualificados, que forman ya en principio diferentes subgrupos; en segundo lugar, los directores comerciales, los agentes de publicidad y ventas; en tercer lugar, los directores generales y sus ayudantes, los expertos, los especialistas, etc.; en cuarto lugar, los directores financieros y los agentes de enlace con la Banca, encargados de reunir y aumentar los fondos monetarios. Burnham no parece advertir que estos grupos pueden tener intereses distintos y hasta contrapuestos

que les hagan entrar en lucha. Según Gurvitch, si se añaden a esta enumeración sumaria otros grupos, como los altos burócratas de la administración estatal y de los servicios públicos, los planificadores, los gerentes de los sindicatos patronales —y desde un punto de vista particular los mismos secretarios y funcionarios de los sindicatos obreros, caso evidente del movimiento sindical norteamericano—, los gerentes de las cooperativas de consumo, los militares de carrera, los políticos profesionales, se observará que existe una infinidad de antagonismos sociales latentes en el seno del sector tecnoburocrático.

*La ideología tecnocrática.*—Gurvitch caracteriza los grupos tecnocráticos como grupos esencialmente oligárquicos, limitados en su reclutamiento, que gozan de una situación relativamente privilegiada, no solo desde el punto de vista de sus rentas, sino por su papel en la producción y en la administración pública, y más ampliamente por el prestigio social que les rodea. Son gentes que pueden influir en sus semejantes y reforzar su prestigio gracias al control que ejercen sobre los instrumentos técnicos (es suficiente recordar la energía atómica). Con la nota curiosa que son ellos quienes en mayor proporción que las demás capas sociales sobreviven siempre a las guerras, revoluciones, depuraciones y demás cataclismos sociales. Es el grupo del que todos los regímenes tienen necesidad, y por esta razón queda siempre indemne. En todo caso su ideología es la del grupo que se considera como una “élite” celosa de sus competencias y despreciando a los incompetentes como profanos y no iniciados. La moral de esta “élite” es la moral nietscheana del superhombre, la moral del “más allá del bien y del mal”, combinada con el culto al maquinismo.

*La ilusión tecnológica.*—Para Lefebvre la ideología tecnocrática reposa sobre una confusión inicial, al confundir la técnica, operación eficaz o poder operatorio consolidado y transmisible, con el técnico. Ahora bien: los dos términos no coinciden, salvo para el mixtificador que considera la técnica como propiedad exclusiva, única, del técnico. De aquí que se tienda frecuentemente, y siempre abusivamente, a transformarla en un secreto. Todo esto ha originado, sigue Lefebvre, lo que se denomina “ilusión tecnológica”. “Esta tesis se ha extendido ampliamente con el progreso técnico, con la tecnología como ciencia, con la tecnocracia y la teoría tecnocrática. Muchos historiadores, sociólogos y teorizantes de las ciencias humanas tienden a aislar el factor puramente técnico, a extraerlo y considerarlo en sí mismo separado del conjunto total de las relaciones humanas. Una vez separado y considerado en sí mismo, ven en este aspecto de la realidad humana su factor explicativo. Lo consideran como primordial, y de este modo la técnica y la tecnología llegan a ser una especie de clave para descifrar todos los enigmas de las diversas situaciones humanas”.

La ilusión tecnológica refleja una confianza ingenua en la competencia de los expertos, en los informes de los grandes especialistas. Esta ilusión tecnológica podría definirse como el estado de ilusión ideológica propia de los especialistas. Es la generalización del error, frecuente, si no general, en los especialistas. Cada uno intenta en principio agrandar la importancia de su especialidad, de su competencia, en detrimento de concepciones más amplias, más filosóficas. Este error encuentra condiciones y terreno favorable en la sociedad capitalista, donde el técnico es considerado como

propietario de su técnica, y la técnica transformada en un secreto que guarda celosamente su dueño.

Considerada como hecho social, la ilusión tecnológica se desdobra en dos sentidos. De un lado, se desarrolló en el sentido utópico. Los técnicos, con la única asistencia de la técnica industrial, van a construir la ciudad ideal. Sin otras dificultades que las provenientes de la incomprensión de los políticos, deben crear un mundo mejor. Fuera, por tanto, de toda acción política los técnicos van —por la sola potencia técnica— a introducirnos en la era de la abundancia. La industrialización será conducida a su término histórico y humano, apartando todo problema que impongan las relaciones humanas y sociales. Esta utopía la ha representado en Francia Jacques Duboin.

Pero la ilusión tecnológica se desarrolla también en un sentido conspirativo. La asociación secreta de los técnicos pretende apoderarse del poder, modelar las masas humanas, plegar a sus fines la realidad sociológica. El carácter no solamente equívoco sino inquietante de la ilusión tecnológica se manifiesta en Francia, dice Lefebvre, en el “espíritu de cuerpo” de ciertas corporaciones constituidas u organizadas. “¿Es necesario recordar aquí el Cuerpo de Minas o el de inspectores de Finanzas, o los antiguos alumnos de la Escuela Politécnica? El culto de la técnica —de su técnica— les conduce a constituir un Estado en el Estado, a examinarlo todo en función de su técnica, es decir, de su “espíritu de cuerpo”. La ilusión tecnológica disimula aquí el hecho de que estos hombres están ya integrados en una clase, en un aparato estatal de tipo determinado”.

*¿Forman los técnicos una clase social?*—Como se ve, la cuestión verdaderamente espinosa, por su significación política y alcance práctico, es si estos grupos técnicos forman o llegarán a formar una clase social. En principio, con Gurvitch hay que postular que no se puede afirmar “a priori” de ningún grupo social que no llegará a ser social, porque la formación de una clase social es una cuestión de hecho y solo de hecho. Para Bettelheim los técnicos no constituyen una clase social en el concepto marxista de formar una categoría histórica que tiene sus raíces en la estructura económica de la sociedad. Su razón fundamental estriba en que los técnicos constituyen una simple categoría profesional, cuyas funciones no son, como tales, modificadas fundamentalmente por una transformación del orden social y económico existente. Esta transformación podría, sin duda, ensanchar considerablemente el campo de actividad de los técnicos, especialmente suprimiendo los obstáculos puestos por el capitalismo al desarrollo mismo de la técnica; pero la naturaleza de las funciones de los técnicos no se alteraría por aquella transformación precisamente en razón a que los técnicos, como tales, son una categoría profesional y no una clase social.

Vernant niega también el carácter de clase social a los técnicos. En la actualidad lo más que se puede admitir es la existencia de una división en el ejercicio del derecho de propiedad, correspondiente a la división —en las empresas modernas— entre responsabilidad técnica y financiera. Vernant va más allá de la consideración del técnico, para estudiar la influencia de la evolución técnica en general sobre la estructura social. Y resume sus consideraciones del siguiente modo:

1) La evolución técnica no realiza, por sí misma y automáticamente, transformaciones en la estructura social, ni modificaciones en las relaciones de propiedad, ni en las relaciones humanas que de aquellas se derivan. El desarrollo técnico las hace posibles, pero es incapaz de realizarlas. 2) El mayor número de técnicos, la importancia creciente de una burocracia, no constituyen por sí mismas modificaciones de la estructura social. 3) Las transformaciones de la estructura social —en el sentido arriba expuesto— son el fruto de una acción política consciente, preparada, sin duda, por la evolución del desarrollo técnico.

Para Gurvitch lo que importa saber, desde el punto de vista sociológico, no es si el grupo tecnoburocrático es capaz de constituir una clase social, sino si esta clase social en trance de constituirse tiene algunas perspectivas de llegar al poder para constituir un régimen tecnocrático propiamente dicho. Para resolver esta cuestión propone Gurvitch varias preguntas:

1ª ¿El grupo tecnoburocrático está en trance de despojar a la burguesía de los medios de producción? Si es cierto, ¿en qué medida es capaz de hacerlo? 2ª ¿El grupo tecnoburocrático de la U.R.S.S. está o no en trance de acaparar la propiedad colectiva de los medios de producción? Si es cierto, ¿en qué medida y con qué perspectivas de desarrollo? 3ª ¿El grupo tecnoburocrático es capaz de tomar el poder político e instaurar una dictadura de clase bajo la forma de un régimen autoritario? Si se admiten estas preguntas en su totalidad o en parte, Gurvitch estima que las garantías jurídicas, políticas y sociales, instituidas a fines del siglo XVIII y principios del XIX —por ejemplo, el principio de separación de poderes, el sufragio universal y el parlamentarismo—, son insuficientes para dominar en medio del siglo XX los nuevos y formidables adversarios de la democracia, favorecidos por ciertas estructuras sociales.

*Conclusión.*—Una vez planteada la cuestión, bien sea de modo sumario, entrar en el terreno de las soluciones inmediatas se presenta tan difícil como imposible. Aun admitido cualquiera de los planteamientos, no pasaría del terreno de la profecía gratuita, porque la sociología, como dice Gurvitch, es incapaz, no solo de predecir, sino de prever a corto plazo. El fatalismo sociológico es esencialmente anticientífico. En el dominio de las ciencias sociales el margen de la contingencia es particularmente elevado y el margen de necesidad particularmente reducido. La sociedad es, en principio, una acción colectiva, un esfuerzo colectivo, una creación colectiva.

Dijo Lefebvre: "Las cosas o el hombre. Organizar las cosas y reducir al hombre a no ser más que un elemento numerado en los cálculos del precio de costo. O bien asegurar al hombre la plenitud de una vida bella, larga y rica, subordinándola estrechamente a la máquina: he aquí el gran problema. Pero esto no es un problema de sociología. Y los sociólogos son impotentes para resolverlo. Y todos los análisis, las encuestas, las estadísticas nada pueden. Porque cuando ponen este problema en estos términos se salen de la sociología y de sus límites. Entran en el terreno donde se mueven los videntes del porvenir, ayudados, sostenidos, guiados por los historiadores, los videntes del pasado".

Indudablemente el medio técnico moderno es la realidad por lo que nos encontramos cogidos. Es necesario hacer frente a esa realidad, es necesario estudiarla con todos los recursos del conocimiento e intentar dominarla y humanizarla. Para Friefmann esta humanización es el más grave problema de nuestro siglo. Y es este un problema, a la vez que social —por la organización de un sistema material de producción y distribución verdaderamente racional— un problema individual e incluso moral, que exige un esfuerzo consciente y perseverante del hombre sobre sí mismo.